



DIÁLOGO QUINTO.

EL MARIDO Y EL AMANTE.

AMIGO Jorge: convéznase V. de que las mujeres hablan con el diablo, porque es cosa indudable. ¿Querrá V. creer que los paseos que mi cara mitad se empeñó en que diera por el jardín, en la amable compañía de su interesante amiga, que es una real moza... gran tipo, alta, gruesa, blanca con cabos negros, han hecho en mí una revolución completa? Pues así como sueña. Esta pícara rodilla, donde recibí principalmente el golpe de la maldita puerta, casi no me duele. Y gracias á la rodilla; porque, si no, recibí el trastazo en la cara, y adiós narices. Por lo demás, me siento bien. Ya ve V. que le he hecho á la cena los honores correspondientes, comiendo como un Heleogábalo ó Heliogábalo, no estoy seguro, porque tengo malísima memoria para los nom-

bres. El apetito, Sr. D. Jorge, es un gran recurso, porque, ya lo sabemos, de la panza sale la danza, y yo, lo confieso, no soy completamente insensible á los placeres de la mesa; y luego, este padecimiento del estómago me obliga á comer mucho y á menudo. Lo contraí en la vida sedentaria que he hecho cuidando á mi pobre tía, que estaba algo maniática, y yo era sus pies y sus manos. Al fin murió sin saber que se moría. ¡Ya se ve! No nos atrevíamos á decírselo: hubiera sido una crueldad darle semejante puñalada; porque, ¡es claro!, la infeliz pasaba ya de los setenta años, y no quería morir. ¿Qué hubiera V. hecho?... Lo que hicimos. Yo no tenía corazón para amargar los últimos instantes de la vida de mi pobre tía con la noticia de su muerte. Además, habría querido hacer testamento; y como era rica, y su hermana y yo éramos los parientes más cercanos, nos pareció horrible hablar de miserables intereses en aquellos momentos solemnes. Después de estar agonizando tres días, cerró el ojo para siempre. Pero veo, señor D. Jorge, que está V. muy distraído, haciendo bolitas de pan y arrojándolas al techo, sin tomar parte en esta conversación de sobremesa.

—¡Oh! (exclamó Jorge.) Es muy difícil tomar parte en la conversación cuando V. tiene la palabra, pues posee V. una elocuencia inagotable. Habla V. de corrido....: es V. de esos hombres afluente que se lo dicen todo: el Diccionario sale de su boca de V. á borbotones.

—Convengo (dijo el sensible sobrino de la difunta tía) que dispongo de una verbosidad abundante, y que todavía pueden encontrar las mujeres de cierto espíritu algún encanto en mi conversación. Eso sí; tengo una imaginación volcánica. Pero V. está distraído; apenas ha cenado; algo tiene V. entre ceja y ceja.... ¿En qué diablos está V. pensando?

—Estoy pensando en que sería para V. un golpe terrible la muerte de su pobre tía.

—Sí, señor, amigo Jorge; un golpe tremendo.

—Así lo creo; lo dice bien claramente el ansia con que apura V. la taza de café que tiene en la mano, como si quisiera ahogar en su corazón la pena de tan triste recuerdo. Y se comprende perfectamente. Después de haber sacrificado los mejores años de la vida al cuidado asiduo y á las impertinencias de la buena señora, venir á perderla á la tierna edad de setenta años, debe ser el colmo del infortunio; y, para mayor dolor, esté V. seguro de que nadie creará en semejante pena; porque el mundo es así; y viendo cómo V. come, cómo V. habla y cómo V. ronca, darán por hecho las gentes vulgares que ha visto V. el cielo abierto en la muerte de su tía.

—El mundo es injusto (replicó el marido de Inés), y nunca penetra en la profundidad de los grandes sentimientos; pero V. que me conoce....

—Yo (añadió Jorge interrumpiéndole), veo que profesaba V. á su buena tía tierno, vivo y apasiona-

do cariño. Si no, ¿cómo había V. de haberla dejado morir en la ignorancia de que se moría, sin los consuelos de la religión? Sólo un cariño verdaderamente ciego antepone la aflicción de un instante á la aflicción eterna. Si la salvación de su vida hubiera dependido de la aplicación de una medicina amarga, amarguísima, la habría V. dejado morir antes que hacerle pasar por el trance de beberla.

—¡Oh! (exclamó el sexagenario, repiqueteando con los dedos sobre la mesa.) Mi pobre tía era una santa.

—En tal caso (advirtió Jorge), no le habría horrorizado la muerte, ni le habría afligido tanto la idea de morir.

—Sin duda (añadió el viejo, chupando desesperadamente un cigarro, al parecer incombustible). Yo tengo por sistema no quitarle la razón á nadie; mas debo advertir que allí estaba su hermana, que no se atrevió á decirle que se moría, ni permitió que nadie se lo dijera.

—Se conoce (continuó diciendo el amante de Inés) que su hermana es también una naturaleza tierna y generosa, noble y delicada como la de V. ¡Vamos!: forman Vds. una familia de grandes corazones. Pero ¡vaya V. á hacerle entender al vulgo de las gentes las sublimidades del egoísmo!... Verá que dejaron Vds. espirar á la moribunda sin el consuelo de los Sacramentos, comprometiendo en este albur de ternura su felicidad eterna; mas no advertirá que del mismo modo la dejaron Vds. irse al

otro mundo *abintestato*, comprometiendo sus bienes en las eventualidades, casi siempre fatales, de una testamentaria judicial.

—Eso mismo nos ocurrió, amigo Jorge, en el momento de espirar la difunta, y se arregló la cosa de manera que hizo testamento.

—¿Hizo testamento después de muerta?—preguntó Jorge sencillamente.

—Es V. muy material (contestó el viejo). Quiero decir que un escribano amigo nos sacó del apuro; hubo testigos honrados que intervinieron en el asunto, y su afligida hermana y yo, más afligido todavía, nos repartimos el caudal de la buena señora.

—Es decir (advirtió Jorge), que hicieron Vds. un testamento falso.

—¡Falso!... ¡Falso!... (exclamó.) Nada de eso; éramos sus parientes más cercanos, y claro está que su última voluntad había de ser partir sus bienes entre la hermana y el sobrino: esto era de cajón.

—¿Y está V. seguro (preguntó Jorge) que no tendría en el fondo de su conciencia y de su voluntad alguna manda que legar, alguna limosna que hacer, alguna memoria de cariño, de gratitud ó de devoción que dejar á sus parientes menos próximos, á sus criados, ó al culto de los Santos de su particular piedad? ¿Tiene V. certidumbre completa de que, á ser ella la verdadera testamentaria de sus bienes, no se hubiera acordado de los sufragios que los vivos hacen por los difuntos?...

—Permítame V. (dijo, interrumpiendo á su amigo), que voy á contestarle. En el primer caso, debe V. saber que mi pobre tía no era excesivamente generosa; y en el segundo caso, yo hago celebrar los aniversarios de su muerte con un *general de misas* por el eterno descanso de su alma.

—¿Y esas explicaciones le dejan á V. satisfecho, tranquilo?

—Completamente satisfecho y completamente tranquilo, — contestó, algo admirado de la pregunta.

—Es una gran ventaja (prosiguió diciendo Jorge). Mas, dejando aparte el tribunal de la conciencia privada, que no suele ser exageradamente severo, sepa V. que, jurídicamente hablando, el hecho por sí constituye un delito de esos que el Código penal con sus correspondientes años de presidio.

—Sr. D. Jorge (replicó el viejo), V. es abogado, y en todo quiere encontrar motivo de pleito.

—No se trata de un pleito (advirtió Jorge), sino de un proceso; no es materia de litigio, sino materia criminal; no es un punto de derecho que debe aclararse, sino un caso de pena que debería aplicarse.

—¡Vamos, señor jurisconsulto; á V. le pasa algo extraordinario que lo saca de sus casillas! Es V. un juez inexorable, y esta noche está V. terrible. Ea, cuénteme V. sus penas, y le prometo de antemano no ser tan severo. ¿Calla V.? ¿Se encoge de hombros? ¿Se muerde los labios? Yo tengo mucho mun-

do, y veo más de lo que V. se imagina. Aventura de Calderón tenemos.... ¿Qué tal?... Aquí hay dama tapada.... ¡Hola! ¡Se pone V. encarnado como una novicia!.... Cualquiera diría que el juez se ha convertido en reo.... ¡Bah! ¿Será V. capaz de creer, en su furor jurídico, que es delito tener treinta años, y crimen abominable enamorarse de unos ojos más ó menos tristes, ó de una boca más ó menos risueña? Hago el sacrificio de callar: V. tiene la palabra; pruebe V. que la juventud es un delito y el amor un crimen. Este es el tema. ¿Será V.?

—Sí (contestó); me río, porque le veo á V. decidido, animado y alegre como nunca.

—No hay motivo para otra cosa: hemos encontrado á Inés buena y sana; el batacazo no ha sido gran cosa; me encuentro aquí mano á mano con un amigo del alma; he cenado como un ganapán, y pienso dormir como un tronco. ¿Qué más puede pedirse? ¡Ea! Anímese V., y hablemos.

—Debe ser ya tarde (dijo Jorge, mirando su reloj). ¡Las once y veinte! ¡Friolera!

—¡Hola! ¿Hay sueño?....

—Sueño precisamente, no; pero....

—Pero, ¿qué?

—Conviene descansar.

—Para eso tenemos delante todo el día de mañana. Afortunadamente, en Zumaya nos sobrará el tiempo para todo.

—A V. sí, pero á mí no.

—¿Pues qué piensa V. hacer?

—Pienso tomar mañana el coche que diariamente sale para San Sebastián.

—¿Dónde va V.?

—Á Biarritz.

—¡Ciertos son los toros! (exclamó el viejo.) La cosa es clara. Iba V. muy contento á Biarritz; el capricho de Inés de venirse á Zumaya ña trastornado, por lo visto, los planes amorosos que V. llevaba en su cabeza; y claro es: amante novicio, quisiera V. tener alas para ir en su busca; porque ella, no cabe duda, debe estar en Biarritz. Ya ve V. que las cojo al vuelo.

—En efecto (dijo Jorge); no puedo negar su perspicacia.

—Pues bien (continuó diciendo el marido de Inés): siga V. mis consejos; no se precipite V.; déjela V. que espere, que se impaciente, que se desespere, si es necesario. Ese es el mejor sistema. Cuanto más tiempo tarde V. en verla, más deseo tendrá de que V. la vea. ¡Mundo, querido Jorge, mundo! No desoiga V. la voz de mi experiencia. Plan: ya que he descubierto el secreto escondido en ese corazón reservado, déjeme V. que yo dirija la intriga; no hay necesidad de que sepa quién es ella, porque, *plus minus b*, todas vienen á ser iguales.

—No dudo (dijo Jorge) que en este asunto, cuyo secreto ha sorprendido, lo conseguirá V. todo si se empeña en ello; pero, créame V.: es preciso que vaya.

—¡Canastos! (exclamó el viejo, rascándose la cabeza con las dos manos.) ¿Qué voy á hacerme yo aquí solo como un hongo? Con Inés no hay que contar; se pasará el día con su amiga; yo no conozco á nadie; Rosalía es muy á propósito para hacer pasar ratos agradables, pero estará siempre con Inés. Ni siquiera me queda el recurso de bañarme, porque tuve hace cinco años un amago de perlesía.... Jorge, amigo mío: es muy cruel lo que V. proyecta; no me abandone V. en este trance. Por lo menos, aplace V. su marcha; ayúdeme V. por algunos días siquiera á llevar la carga. Yo publicaré, para que llegue á oídos de ella, que me he opuesto, que no le he dejado salir de Zumaya, que yo soy el responsable. Me parece que esto resuelve la dificultad.

—No es tan urgente mi viaje (dijo Jorge, levantándose de la mesa y mordiéndose los labios). Y, en todo caso, mañana hablaremos, porque ya son las doce.

—Sí, sí; ya es hora de dormir,—añadió el marido, bostezando desmesuradamente y siguiendo al amante, que se dirigía al pasillo donde se hallaban sus respectivos cuartos.

—Yo aquí me quedo,—dijo el último, empujando la puerta del cuarto número 2.

—Buenas noches,—contestó Jorge.

Y se entró en el cuarto número 1.

El marido roncaba tranquilamente á los pocos minutos: el amante, desnudándose con la lentitud

del que se acuesta más por costumbre que por sueño, decía para su capote:

—¡Es curioso lo del testamento! Los que se reparten la hacienda ajena en la encrucijada de un camino, se exponen á que los ahorquen; pero hay gentes que pasan por honradas, y roban á sus mismos parientes moribundos con una tranquilidad de conciencia que espanta. Por lo demás, mi situación es muy peregrina. Ella me rechaza, me despide categóricamente, y él me detiene y me sujeta con obstinado empeño....

Y metiéndose en la cama y apagando la luz de un soplo, murmuró las siguientes palabras:

—¡Vamos (dijo); este hombre pertenece sin duda alguna al número de los predestinados!



DIÁLOGO SEXTO

LA MUJER Y EL MARIDO.

MOLA!.... Parece que no hay nadie en esta casa.... ¡Inés!.... ¡Rosalía!.... ¡Sergia!.... Por el otro oído. ¿Si tendremos otra como la de Zumárraga? Son las ocho de la mañana, y estoy en ayunas.... Estas señoras creen que yo vivo como los camaleones.... ¡Eh!.... Mi chocolate, mi bandeja con bollos y mi vaso de leche, que no se necesita menos para poder llegar á las once del día, que es la hora del almuerzo.... ¡Que si quieres! No parece nadie. Esto no está bien. Me obligan á dormir en la posada, y me dan de comer con la precisa condición de que no he de pasar del vestíbulo. ¡Qué capricho de señoras!.... Vengo con todo el apetito de un hombre que ha dormido perfectamente, entro, y me veo el jardín solitario, el vestíbulo desierto, y estas puertas que comunican con el interior de la casa perfectamente cerradas.... ¡Ah! Ya algo: habrán ido á misa ¡Eso es! Ellas en